



**EL SERENO
LES DESEA FELIZ NAVIDAD**

El sereno les desea feliz Navidad
Por Cleef Hanger

Dedicado a los profesionales de
oficios que se creían perdidos.

Al atardecer, las últimas luces del sol parpadean en el chaleco reflector amarillo. Mientras, la ciudad se dispone a replegarse a sus casas dispuestas en nichos claustrofóbicos. El sonido de los tacones en el asfalto desaparece con los silbidos de los pájaros enjaulados en los balcones que despiden el día.

La bandolera, meciéndose al paso tranquilo del que empieza su jornada, golpeaba a un costado del chaleco llena de artilugios preparados con antelación para afrontar una nueva noche de patrulla por las calles de la comunidad.

El sereno, mira la hora y, con el último rayo de luz desapareciendo entre dos edificios de ladrillo rojo, se dispone a empezar otra noche de trabajo. Hoy, es la noche previa al día de Navidad. La segunda noche del año, justo después de la noche de San Juan, en la que suceden las más extrañas de las casualidades.

Con el primer tono de la alarma del teléfono portátil, empieza la noche para el sereno. Un número conocido en la pantalla despierta su instinto de alerta.

- Servicio de Serenos de Gijón. ¿En que puedo asistirle señora Paqui?

Con voz nerviosa y alarmada la señora Paqui, que ya dejó atrás el epíteto de octogenaria mucho tiempo atrás, responde a la voz conocida del sereno.

- ¡Mi Cuchi-cuchi se ha perdido! Estaba a mi lado y, de repente: ¡Pouf! ¡Y ya no estaba!

- Señora Paqui, cálmese. El sereno ya se dirige hacia su casa para ayudarla. - Colgó el teléfono con una sonrisa sabiendo lo que le esperaba y se dirigió hacia la casa de la fachada azul, donde vivía la señora Paqui.

Aunque el trabajo de Sereno es de calle, con algunos clientes habituales del barrio, hace una excepción. La señora Paqui, que le enseñó de un capón en su cabeza de orejas de soplillo a respetar a los mayores, es siempre una excepción de la que el Sereno nunca se arrepiente.

- Pase, pase. Cuidado con la alfombra no se tropiece.

La casa de Paqui siempre estaba bien ordenada. Las sillas, siempre debajo de la mesa. La mesa de la cocina, siempre vacía. En los muebles todas las figuras habían pasado la prueba del plumero. Y, en el baño, el final del rollo de papel higiénico siempre estaba doblado en forma de abanico. A la señora Paqui le gustaba el origami, regar las plantas por la tarde y el sonido de la pulidora de cera. Después de sentarse en la silla tapizada a mano por ella misma con un pañuelo en la mano el sereno, aún de pie, preguntó:

- ¿Dónde vio a su perro por última vez señora Paqui?

- Ahí, mirando las obras de Cortazar, como siempre. Es muy fan de Cortazar mi Cuchi-cuchi, ¿sabe? - Dijo señalando el armario a la espalda del Sereno. - Sobre todo le gustaba Rayuela, era muy de saltar páginas, ¿entiende? Leer del tirón le cansaba mucho. Como ya es mayor. Espere que...

- No señora Paqui, no se moleste, ya lo leeré otro día. Entonces, la última vez que lo vio fue aquí. ¿Cuándo se percató de la ausencia del perro?

- Pues, estaba preparando el té para sentarme a leer con Cuchi-cuchi y... ¡Prfff! - La señora Paqui nunca aprendió a sonarse la nariz en silencio a pesar de la insistencia de su abuela que le repetía: "Las señoritas recatadas no hacen sonar sus narices como los elefantes Paca". - Y al ir a mirar, ya no estaba. ¡Pouf! Desaparecido, como por arte de magia. Y yo no creo en la magia. Mi abuela no me educó para creer en engaños. No, señor.

- ¿Vio la puerta abierta o alguna ventana por la que pudiese salir?

- ¡Yo no eduqué a mi Cuchi-cuchi para que haga el saltimbanqui por ahí! O...o... ¡a salir por las puertas abiertas! - Respondió Paqui ofendida.

- ¿Puede describirme a su perro?

- Cuchi-cuchi.- Insistió la señora Paqui con esa mirada de años que han visto todo lo que hay que ver y que, al sereno, siempre le calaba hasta los huesos.

- Descríbame a su...Cuchi-cuchi, señora Paqui.

- Bajito. Orejas grandes, tiene muy bien oído ¿sabe?. Una vez escuchó a una pudenta* desde la otra punta de la casa. Si, señor. ¡Prfff! - Se sonó doblando su pañuelo de tela como si se tratase de un trapo recién planchado.

- ¿Alguna mancha o cicatriz que ayude a reconocerlo?

- Oh, no. Mi Cuchi-cuchi es totalmente blanco y no se mete nunca en líos. No, señor.

- Muy bien señora Paqui. Con esto ya tengo todo lo que hace falta para buscar a su perro...

- Cuchi-cuchi.

- ...cuando lo encontremos o sepamos algo me pondré en contacto con usted.

- ¿Y, eso es todo? ¡Hay que poner carteles y hacer una batida por el barrio! ¡Y...!

- Señora Paqui, tranquilícese, los perros nunca se alejan demasiado. Seguramente volverá cuando tenga hambre.

- ¿Hambre? ¡Pero que tonterías está diciendo! ¡Mi Cuchi-cuchi no puede comer!

- Todos los perros comen y beben tarde o temprano, señora Paqui, no se preocupe. ¿Eh? Que yo me encargo.

- ¡Pero este hombre está loco! ¡No dice que quiere darle de comer a mi Cuchi-cuchi!

Llegados a este punto el sereno respirando hondamente vio como un pensamiento le cruzaba de sien a sien:

- Señora Paqui...¿Su Cuchi-cuchi es un perro de carne y hueso, verdad?

- ¡Pues claro que no! ¡Es de porcelana de Llagrón!

* Pudenta: "Eysarcoris inconspicuus" o chinche del arrozal, al ser aplastada huele mal.

Fue entonces cuando el sereno tuvo claro que la señora Paqui estaba en uno de sus días malos. Cuando era la señorita Paca, podía recitar de memoria la Canción del Pirata. Pero las enfermedades de la edad se habían llevado una parte de la cabeza de la señora Paqui y, a veces, tenía días malos aunque inofensivos.

Con la amabilidad entrenada por la experiencia de los años, el sereno ayudó a la señora Paqui a sentarse.

- Discúlpeme, ha sido error mio. Me pondré a buscar a su Cuchi-cuchi inmediatamente.

Rebuscó por toda la casa. Desmontando el orden impuesto en cada esquina por la señora Paqui que observaba cada movimiento del sereno con la mirada de quien duda de la profesionalidad de otro. Detrás de la escobilla del retrete, envuelto en papel del periódico del día, el sereno encontró, no sin esfuerzo, al perro de porcelana.

- Aquí tiene a su Cuchi-cuchi, señora Paqui. Al parecer le entró un apretón y se quedó dormido en el servicio.

- ¡Ay! ¡Mi Cuchi-cuchi! ¡Dios se lo pague con muchos hijos, Sereno! Tenga, llévese esto.

- No hace falta señora. Con los 10 euros de la tarifa de siempre a final de mes, ya es suficiente.

- ¡No diga tonterías! Lléveselo y no se hable más. - Con un gesto brusco pero lleno de amables intenciones, la señora Paqui adjudicó a la bolsa del sereno la tarea de guardar el coco que había comprado hacía dos semanas.

De nuevo en la calle, listo para continuar su patrulla nocturna, el sereno volvió a oír el bramido del politono de su teléfono portátil.

- Servicio de Serenos de Gijón...

- ¿Guién ez? - Interrumpió una voz femenina con tono ebrio.

- Ha llamado usted al Servicio de Serenos de Gijón. ¿En que puedo ayudarla?

- ¡Yo no heh damado a dadie! Do, edspere. ¿Ha dicho el Cereno?

- Soy el Sereno de la zona del barrio del sur. ¿Necesita usted ayuda?

- Ci, quiedo id a caza, pedo creo que eztoy demaciado borracha.

- El Servicio de Serenos incluye el acompañamiento a portales y cajeros por motivos de seguridad.

- Ezo es lo que me haze falta. Zereno, ¡lléveme a mi caza!

Después de una conversación de lo mas difícil, el sereno, pudo averiguar los datos que necesitaba para poder ayudar a la panadera del barrio a llegar a su casa de una pieza. Al parecer, la panadera había salido a celebrar la cena de empresa y el jefe había insistido en que bebiera un par de copas más de las que podía aguantar con entereza.

Podría haberle dicho que no a su jefe pero, hace unos años, había comprado un ático. Por aquel entonces, antes de que la burbuja inmobiliaria estallara, tener un ático era un capricho de aquellos que habían medrado en su carrera. Es decir, los áticos eran caros y para gente que se lo podía permitir. La panadera, no era una de esas personas.

Un día, se fijó en un ático sin ascensor del barrio y decidió que sería su casa. La suerte quiso que su banquero habitual formase parte de los que vendían créditos con la promesa de que tendrías suficiente para un piso, un coche y unas vacaciones decentes en Mali o algún otro lugar que sonase lejano. El banquero, fue muy convincente y logró que la panadera se metiera en ese fregado.

Cuando el auge de las hipotecas, créditos buitre y la burbuja inmobiliaria estallaron a la vez y el paro empezó a ser una epidemia, la panadera, se dio cuenta de que el banquero la había convencido para endeudarse hasta las orejas y, ella, era alta. Por suerte tenía contrato fijo y la empresa de Bollerías y Panaderías Fartonet S.A. había manejado sus negocios y empleados con precaución, haciendo innecesarios los despidos o bajadas de sueldo que eran la última tendencia entre los empresarios daís. Por tanto, la panadera, podría hacer frente a sus deudas pero, solo si mantenía la compostura lo suficiente para no perder su empleo. Algo que fue difícil de conseguir cuando su jefe insistió, en la cena de Navidad de todos los años, en que:

- Solo una copa más, mujer. ¡Que estamos de fiesta!

La panadera, que no era de beber aquello que no hubiese salido de un grifo, tuvo la falsa impresión de que si no hacía lo que le pedía caería mal al jefe y este podría recordarlo en la próxima reunión de recursos humanos. Ella, pensaba, no podía permitirse que su nombre saliera en esa reunión.

A pesar de que el jefe estaba demasiado borracho para recordar por qué tenía un calcetín en la oreja al día siguiente y mucho menos que alguien le dijera que no a una copa, el miedo a no poder hacer frente a sus deudas la llevó a contestar:

- Bueno, pero solo una más.

La situación se repitió dejando a la panadera saliendo de la fiesta con dos copas de más y apretando teclas de su teléfono al azar para llegar a su ático del edificio de la fachada azul.

Después de un par de intentos, logró dar con el teléfono del sereno que acababa de prestarle dos chanclas para cambiarse los zapatos de tacón, no fuese que perdiera el equilibrio mientras la acompañaba a su portal. La panadera aún con las copas extra, pudo recordar al día siguiente la cara arrugada y amable del sereno que, lejos de soltarle un sermón, le echo una mano para subir a su ático sin ascensor.

- Tenga cuidado señorita. Y recuerde que el Servicio de Serenos está ahí para cuando lo necesite. - Se despidió con un gesto caballeresco hacía un sombrero imaginario.

- Graziáz. - La puerta se cerró rozando la punta de las botas negras del sereno antes de que pudiera responder un: "No hay que darlas".

Los pies del sereno sonaban, una vez más, sobre la acera de la calle Tres Tigres. La noche, más oscura y fría. Las estrellas, escondidas por la luz de las farolas. Y la chaqueta

amarilla con una franja blanca sucia y desteñida, reflejando las luces de aquel coche ocasional que pasaba de camino a alguna parte.

Una vez más, el rugido del teléfono resonó a la izquierda del cinturón. Y, con un gesto de cowboy del este y no del oeste, lo deslizó de su funda. Al llegar a la oreja el tono del teléfono se detiene. Otra llamada de alguien que se lo ha pensado dos veces.

Siguiendo sus pasos por la ruta de todas las noches, el sereno, toma una esquina y le da la vuelta para ver, asombrado, a un hombre con las rodillas al viento y el pantalón amarrado a una mano corriendo al mismo tiempo que mira su reloj. En su cara se ve la angustia de quien llega tarde a algún lado, como el conejo de Alicia de camino a su agujero.

- ¡Caballero! - Dice el sereno a viva voz. - ¿Puedo ayudarle?

- ¡Oh, por dios! ¡Que vergüenza! - El hombre, algo rollizo y de delicadas piernas cortas, se subió el pantalón apresuradamente.

- Señor, ¿necesita ayuda? - el sereno, era un profesional y no tuvo que hacer intentos por aguantarse la risa a pesar de que la situación se ofrecía a ello.

- ¡Ay! Es que...¡Uf-pá! - Al fin logró apretarse el cinturón y intentando recuperar la compostura explicó - Mire usted, señor agente...

- Caballero, solo soy el sereno de la zona, no un policía. ¿Qué ha pasado?

- Pues, ¿no he ido y me he dejado la persiana de la droguería sin echar la llave? Y mire que todas las mañanas me digo: "Pepe, no te olvides de echar la llave de la persiana, que si no te entran los cacos y verás la gracia". Pero estaba yo ahora en el baño y ¡pam! Me he acordado: "¡Pepe, la persiana, que no has echado la llave!" Y he salido corriendo sin fijarme ni nada. Entonces me crucé con usted, señor agente.

El sereno, viendo que el hombre estaba tan inquieto como su lengua, dejó pasar que le llamara agente por segunda vez y echó mano a la bolsa.

- No se preocupe, que ya paso por la droguería y le miro si le ha echado la llave. Es parte de mi trabajo como sereno, ¿sabe?

- ¿Pero como va a hacerlo si tengo yo la llave? ¡Antes entrenaban mejor a los agentes, hombre!

- Mire, soy el sereno de esta zona. Mi tarea es patrullar el barrio y mirar que los comercios estén seguros y cerrados o que, los que abren de noche, vayan tranquilos a trabajar por que ya les echo yo un ojo. - Sacando el manojito de llaves maestras, rebuscó la de la droguería. - La droguería a la que se refiere es la de la señora Paqui, ¿verdad?

- ¿Y usted como sabe eso? - envarado, como un almendro en invierno, el hombre parecía estar enfadándose por alguna razón que al sereno se le escapaba.

- Aquí esta. - Sacó la llave y le indicó: - Mire, usted vaya tranquilo a casa a dormir, que es tarde. Yo me ocupo de pasarme a cerrar la persiana y le llamo si hay algún problema.

- ¿Dormir? Pero que dice, si solo son las nueve de la mañana . ¿Es que no sabe leer un reloj, hombre?

- Caballero, son las cuatro de la mañana. ¿Ve? - indicó al cielo con el manajo de llaves aún en la mano tintineando – Es de noche.

El hombre se puso de color melocotón, luego de color tomate y cuando parecía de color berenjena dijo:

- ¡Pero si mi turno es de noche! ¡Llego tarde a abrir la persiana! - y salió corriendo por la calle de enfrente hacía la droguería de la señora Paqui, que siempre atendía por la mañana pero que por la noche, la atendía el señor Pepe desde hacía años.

Pepe siempre fue un hombre despistado. Nunca recordaba bien los nombres de los clientes habituales que, finalmente, llamaba por Manolo si eran hombre, María si eran mujer y si no estaba seguro, decía: “¡Hombre!, ¿cómo tú por aquí?”

El señor Pepe había crecido en una época en la que el pan se vendía solo en el horno, los teléfonos estaban fijos por un cable a las paredes y la televisión tenía cinco canales más los autonómicos. Pepe no había visto un sereno en su vida y no los distinguía de un agente de patrulla.

Aunque, hay que reconocer que los agentes nocturnos, con su chaqueta amarilla con una franja blanca reflectante, apenas se distinguían en su uniforme con el del sereno. Menos por la gorra y la porra, claro esta. Los serenos los cambiaban por una bolsa llena de utensilios prácticos para su trabajo.

En la bandolera del sereno el manajo de llaves maestras para cerrar puertas de comercios o portales no podía faltar. Un buen fajo de pañuelos, por lo que pudiese pasar. Bolsas, para limpiar accidentes perrunos. Cinta aislante y un destornillador, para algún apaño. Calcetines secos y una bufanda que hiciese a su vez de manta improvisada. El teléfono, que en otros tiempos había sido un walkie talkie. Un spray de pimienta, por si los cacos. El kit-para-todo, que incluía hilo, aguja y un botón además de tiritas y alcohol. Una linterna. Un buen cuaderno con frases para atender a los turistas perdidos. Un vale de descuento para el súper del barrio. Y un pito.

Las horas de la noche fueron pasando. La falta de incidentes y las calles húmedas por el paso del coche del barrendero, llevaron a la cabeza del sereno a echar mano del repertorio musical. Caminando al ritmo del piano y la voz rota de Hugh Laurie siguió su ronda hasta llegar a la plaza del barrio.

Era esta una plaza pequeña. Apenas cuatro calles cruzadas con una diminuta rotonda con espacio suficiente para un matojo reseco de lavanda y un palo, que debía ser un árbol o una señal vieja rota.

La escasez de vistas paradisíacas de la plaza hacía de ella un lugar tristemente vacío al llegar la noche. Durante el día, se veía interrumpido por el ocasional ruido de motor de algún coche que pasaba a veinte kilómetros por hora.

A pesar de su falta de actividad, la plaza del barrio, era para el sereno un punto marcado en la ruta de cada noche. Era el lugar de encuentro principal en el vecindario. Ideal para encontrar a borrachos, gatos y niños perdidos que siempre acababan dando a parar a la

plaza, de un modo u otro.

- ¡Le digo que lo he oído al pasar para abrir la tienda! - la voz del señor Pepe retumbaba entre los edificios aprovechando la buena acústica de la plaza. Mientras, el sereno, entraba a ella por la calle de la sastrería.

- ¡No me sea pazguato, Pepe! ¿Cómo va a oír algo con tanta cera en los oídos como tiene?

- Tal como le cuento señora Paqui, que con estas dos orejas lo he oído. - Dijo hurgándose la oreja con el meñique para dejar claro que no tenían cera, aunque sí algún pelo.

- ¡Por favor, dejen de gritar! - Espetó la panadera con voz nasal y resacosa, los brazos cruzados y vestida con la bata sin atar y pantuflas mientras se mecía la sien a una mano.

- ¡Ay, hija! No hagas caso a este hombre, que se le va la cabeza con la edad.

- ¡Qué le digo que no me lo he imaginado señora Paqui! ¡Deberíamos llamar a la policía!

- ¿Pero, como puede usted pensar que alguien de este barrio haría algo así? ¡Hombre por dios, no me sea...no me sea...!

- Pues yo lo he oído y no me quedo tranquilo si no...

Mientras Pepe y la señora Paqui seguían discutiendo, uno alterado y la otra con cara de quien cree hablar con un loco, la panadera se percató de que una ventana se abría en el entresuelo de uno de los edificios. Con un "Frzzzp-pá" asomó una nariz que gritó:

- ¡A callarse ya, que no son horas! - y con otro "Frzzzp-pón", la nariz desapareció por donde vino.

- ¿Ve lo que ha conseguido con tanta tontería? - Susurraba a gritos la señora Paqui mientras la panadera pensaba cómo se podía gritar un susurro.

Haciéndose cargo de la situación, el sereno, se acercó al redil.

- A ver, señores, no pueden estar aquí a voz en grito molestando a los vecinos. - Dijo indicando a los vecinos que fueran a la acera para hablar. - Veamos, ¿qué ha pasado?

- ¡Un niño, agente!

- No haga caso al hombre, sereno, ¿no vé que ni siquiera distingue entre usted, un policía y un cono naranja?

- Pepe dice que ha escuchado un niño llorando dentro del contenedor de basura. - Dijo la panadera con voz casi inaudible y, en su frente, una arruga fruncida añadía a su joven aspecto el matiz que dejaba claro que debía de tener un dolor de cabeza importante.

- Si, si, cuéntaselo Antulia.

- Como el hombre se ha asustado, ha llamado al telefonillo a la señora Paqui que ha bajado a mirar.

- No es la primera vez que el hombre se imagina cosas ,¿sabe? A veces, cuando me sube la compra dice que cree oír ladrar para saludarle,a mi Cuchi-cuchi. ¡Mi Cuchi-cuchi, ladrando nada menos!

Pepe que, para hacerle un favor a la anciana señora Paqui, le subía a menudo la compra y le daba conversación preguntando por su perro de porcelana. Sobre todo cuando Paqui tenía un mal día. Miró al sereno buscando comprensión.

A veces, Pepe podía saber cómo de malo era el día de la señora Paqui cuando esta no le respondía con un: “Pero que cosas tiene, como va a hablar un perro de porcelana”. Últimamente, los días malos de la señora Paqui parecían ser más de los que Pepe podía ver sin preocuparse de qué sería de Paqui si él no le echara un ojo de vez en cuando.

El sereno, podía leer la mirada del señor Pepe como un libro abierto.

- Así que, han oído a un niño dentro del contenedor de basura, la señora Paqui ha bajado a echar un vistazo. ¿Y, luego...?

- Y yo he bajado cuando la señora Paqui me ha llamado preocupada por el señor Pepe. He abierto el contenedor, pero no había ningún niño.

- ¡Pero yo lo he oído, señor agente!

- Pepe, es el sereno. - Dijo la panadera que empezaba a tener frío.

- ¡Lo que sea! Yo he oído un niño, y ya está.

- Hagamos una cosa. - Dijo el sereno serenamente. - Lléveme al contenedor y le echo un vistazo.

- Por aquí, agente, ha sido este. He pasado por delante de camino a la tienda y de repente ha sonado: “Mrreee, Mreeeeu”, un niño llorando. La sesera a veces no me suma dos y dos pero mis oídos no me engañan. Puedo distinguir un grajo de un ruiseñor a quinientos metros. ¡A mi edad!

- Apártese, que voy a abrir.

El sereno, sacando su linterna y temiendo lo peor, subió la tapa del contenedor gris de basura orgánica. Los vecinos solían sacar la basura antes de ir a dormir y después de la cena, así que el contenedor estaba hasta arriba de bolsas. Algunas bien atadas con doble nudo. Otras a las que el nudo se había aflojado desparramando el interior. No podía faltar tampoco el típico que había vaciado el contenido de la bolsa dentro del contenedor para poner la bolsa en el de reciclado de plástico.

Cuando parecía que la linterna no iba a desvelar nada que no hubiese visto ya la panadera y el sereno se disponía a cerrar, sonó:

- ¡Mreeeu! - Un chillido apenas audible, pero claro.

- ¡Ahí está otra vez! ¿Ve cómo no me lo imaginaba? - decía Pepe asomando la nariz por el borde del contenedor.

- ¡Ay, que es verdad! Yo también lo oigo.

- Sujéteme esto, ¿quiere? - dijo el sereno a la panadera, mientras le pasaba la linterna y se arremangaba. - Apunte ahí, en la esquina. Más alto por favor.

- ¡Mrrreeeeiii!

- ¡Oh dios mio! ¡La pobre criatura!

- No se preocupe señora Paqui, que el agente ya va a por él.- Pepe, asustado y preocupado, agarró las manos de Paqui con las dos manos y un silencio nervioso se apoderó de ellos.

El sereno, con una pierna primero y luego otra, se metió en el contenedor de basura convencido de que esta iba a ser una de las pocas noches difíciles que había vivido en todos sus años de profesión. Aunque, si la situación era tan grave como parecía, esta vez superaría la que lideraba su lista de noches malas: aquella vez en la que un vagabundo creyó que alguien había intentado prenderle en llamas, pero resultó ser su propio cigarrillo encendido y un trapo un poco churruscado. Un niño tirado en un contenedor de basura, definitivamente superaría una noche como esa.

Apartando con cuidado la basura, poco apoco con delicadeza, el sereno fue descubriendo la zona de la que venía el sonido. Cuando vio un ojo pardo que le miraba, vio como el mundo caía con todo su peso sobre la patata que tenía entre pecho y pecho. Solo los años de experiencia y la presencia de la panadera permitió al sereno guardar la entereza suficiente para no llorar como un niño en mitad de la noche.

El sereno apartó un trozo de piel de plátano pegado a un utensilio de higiene femenina sin percatarse si quiera de qué acababa de tocar a mano descubierta. Concentrado en sacar cuanto antes a la criatura y repitiendo para si mismo: "Por favor que no sea un bebe".

- ¡Mreeeeuuuu! - se lamentó al notar la mano caliente del sereno mientras tiritaba.

- ¡Ah-fuf! - suspiró el sereno, parcialmente aliviado y horrorizado al mismo tiempo.

- ¿Lo ha encontrado ya? - Preguntaba Pepe que agarraba con más fuerza las manos de la señora Paqui a la vez que ella le devolvía el apretón con semblante de quien recuerda todas las maldades que ha visto en su vida y se prepara para añadir otra a sus recuerdos. La panadera, se giró hacía ellos sujetando firmemente la linterna.

- ¡Es un cachorro!

Pepe suspiró, aliviado, soltando las manos de la señora Paqui. La panadera, se concentró en alumbrar al sereno. Paqui, fruncía el entrecejo, la comisura de los labios apretada y una ristra de tacos soeces, anticuados y coloridos aguantados en su garganta que se mantuvo en silencio esperando.

- Ya está pequeño. Shh. ¿Has pasado frío, eh? - Decía el sereno arrojando al cachorro tembloroso de pelo sucio y mojado con la bufanda de su bolsa, que hacía a su vez de manta improvisada.

- Pero qué pequeño es.

El cachorro, ya arropado y calentito como un burrito, se apretujó contra el pecho del sereno mientras este lo sacaba del contenedor con cuidado.

- Mre. - Los ojos diminutos del perro parecían dar gracias a los ojos del sereno que aseguraba en sus brazos a la canija bola de pelos.

- No pasa nada, pequeñín.

- ¿Quién habrá podido hacer algo así? - Se lamentaba Pepe.

- Es la noche previa a navidad, alguien debió comprar el cachorro y al llegar a casa el pariente o la parienta le diría que no quería eso en su casa.

- Palurdo, mequetrefe, papanatas, lagartija de tierra de barbecho, parásito chupatintas. ¡Berzotas! - La señora Paqui no pudo callar lo que pensaba ni un minuto más.

La panadera, que solía seguir las aventuras del pelirrojo y su perro fiel, no pudo evitar reír al pensar que la señora Paqui sería un buen capitán marinerero.

- Habrá que llevarlo a la perrera o a la protectora para que se hagan cargo... - empezó a decir Pepe.

- ¡Traiga aquí eso! ¡Tonto del haba! - Agarrando el atillo que el sereno había hecho con la bufanda, la señora Paqui, lanzó una mirada fulminante a Pepe el tendero. - ¡Aquí no se lleva a nadie a ese sitio lleno de asesinos indecentes!

- Pero señora Paqui, el perrito necesita un sitio caliente donde le den comida.

- ¡Que a la perrera no se lo llevan, hombre!

- Calma, calma. - El sereno y Pepe intercambiaron una mirada de: "¿Estás pensando lo que yo?".

- Señora Paqui, el cachorrillo necesita un hogar.- Empezó Pepe.

- Uno en el que haya alguien a quien le gusten los perros...

- Y que le dedique todo el tiempo que necesita...

La panadera, viendo por donde sonaban los tiros, fue al grano.

- Señora Paqui. ¿Por qué no se queda con él?

- ¡Esa sí que es una buena idea! ¡Ay, hija! ¿Qué sería de estos dos sin las mujeres sensatas? Ahora mismo me lo llevo para casa, sí señor. - Dicho y hecho, la señora Paqui se dirigió, con paso firme, hacía su casa del edificio de la fachada azul mientras los demás la miraban y disimulaban sus risas.

- Bueno... - dijo rascándose la cabeza Pepe. - Supongo que ahora Cuchi-cuchi será de carne y hueso.

- Vaya nohecita y yo que me levanto en dos horas para hacer el pan. No se quede hasta muy tarde sereno, que la parienta le estará esperando. - La panadera se fue con un estornudo y su dolor de cabeza por la calle Tres Tigres hacia su ático.- ¡Señora Paqui, espere que voy con usted!

- Bueno agente. Buen trabajo hoy. ¿Le queda mucho para acabar la ronda? - La palmada en la espalda dejó al sereno haciendo piruetas sobre la punta de sus zapatos, para no caerse de bruces.

- Un par de horas más y para casa.- Dijo cuando recuperó el equilibrio.

- Vaya, que le sea leve. - Pepe le dio un apretón de manos firme y se dirigió hacia la calle que olía a jabón y perfume por culpa de la droguería de la señora Paqui .

Viendo como los demás se iban cada uno por una calle, el sereno se limpió el uniforme y, cerrando su bolsa, se fue a seguir la ronda hacia la calle de la mercería.

- Tendré que comprar una bufanda nueva.

En la hora en la que los demás empiezan el día él acaba su noche y se dirige a su portal. El sereno, sentado en las escaleras del portal de su casa contemplaba los primeros rayos de luz mientras pensaba en que su profesión nació para abrir puertas y despertar a la gente con un palo en sus ventanas y, reflexionó, se había pasado la noche ayudando a cerrar puertas o asegurándose de que la gente del barrio llegara a salvo a dormir en sus casas.

Con el primer rayo calentando su cara, al sereno no se le escapó la ironía de la situación cuando se percató de que se había olvidado las llaves de su propio portal en la mesita de noche.

Por delante de sus ojos pasa El Afilador, con el día que ya despertando, que preparaba su flauta para dar los primeros tonos de su ruta diaria.

- ¡Sereno! Parece que el que necesita ayuá ahora es usted. - Dice con acento sureño y risueño.

- ¡Hombre, Erminio! ¿Aún por aquí?

- Ya ve, la gente ya no usa cushillo que afilá, pero ahora nesesitan que alguien “afile” la pantalla de su Novistá. ¡Hay que adaptarse a los cambios de cada día como uno puéa!

- ¡Me lo vas a decir a mi, Erminio! Si vieras como ha cambiado la noche. ¡Parece que fue ayer cuando mi uniforme era una gorra y un palo!

- ¡Ahora er palo ya no se usa Sereno! ¡Son otros tiempos!

- Tiempos mejores Erminio.

- De ezo no ce yo Sereno, son otros tiempos. Ni feos ni peores. Solo otros.

Con un soplido suave en su flauta el Afilador empieza su cantinela diaria, despidiéndose

del sereno que llama al timbre del portero automático de la panadera, para que le abra el patio y subir a casa a terminar el día cuando el de los demás empieza.

5 de febrero del 2015, Valencia.